

PIEDAD. 1968

# MUSEO

# ANTONIO PADRON





BODEGON. 1966

**A**ntonio Padrón nació, vivió y murió en Gáldar. El pintor necesitó siempre sentirse en medio de su propia gente y de su propio paisaje para poder crear a los dos en sus pinturas. Nada más lógico, pues, que tras la muerte del artista, su familia convirtiera su estudio en Museo. Este se alza rodeado por un jardín donde crecen algunas plantas tropicales; El edificio consta de dos pisos, y en sus dos salas, vestíbulos y escaleras se distribuyen hasta ciento treinta obras, muestra de todas las etapas de su trabajo: óleos— la mayoría—, dibujos, grabados, esculturas y cerámicas. Las obras están dispuestas sin ningún orden cronológico, aunque el salón de la planta baja alberga la labor última del artista, y, en general, sus obras más logradas. En el vestíbulo, también de la planta baja, se exhiben algunos cuadros de los años sesenta—segunda época en su evolución; en la escalera de acceso a la planta alta predominan los dibujos; y, finalmente, en esa segunda planta se muestran diversos trabajos de la primera época de Padrón, algunos ejercicios de sus años de

aprendizaje en San Fernando, otros trabajos no terminados y una serie de pinturas abstractas. En el centro de este Salón, ocupando todavía el caballete, aparece una Piedad, obra en la que el pintor trabajaba cuando le sobrevino la muerte. Padrón nació —como dijimos— en Gáldar, en 1920. Pronto quedó huérfano de padres. Se fue entonces con unas tías: con ellas vivió siempre. Su situación económica era buena; la de su familia, mejor. Su infancia melancólica, quizás no muy feliz: él intentó recrearla en una serie de obras donde la poesía del color sólo es igual a la nostalgia de la evocación. Estuvo interno en algún colegio distante de su pueblo, y escapó: volvía a casa caminando. La soledad de la multitud escolar le deprimía; y le deprimía sentirse sin libertad. Terminado el bachillerato quiso hacerse arquitecto: dejó ese asunto casi sin haberlo empezado. Pero siempre conservaría su gusto por la línea recta. En 1945 se va a la Academia de San Fernando. En Madrid pasa cinco años. Le acompaña un timple y una canción de la isla que él mismo prueba a entonar. Sus compa-

ñeros le recuerdan retraído; pero cuando hizo falta alguna solidaridad para algo, él estaba allí. En 1950 obtiene el título de Profesor de Bellas Artes y regresa a Gáldar; nunca más saldría de su pueblo. Administra las fincas de sus tías, cuida flores y gacelas, y pinta. Murió en 1968. Antonio Padrón fue un hombre solitario, y su obra es también una obra solitaria, ajena a muchas inquietudes estéticas de hoy, o, mejor, de ayer (el informalismo no lo tocó nunca) pero, sin embargo, muy de hoy, muy inquieta ella misma. El de Antonio fue un espíritu inquisidor, dentro siempre de un contexto expresionista de acento propio, geométrico y poco gestual. El hombre y el paisaje; el óleo y la espátula: tales fueron sus temas y sus herramientas. Ahondando con ellos y en ellos realizó un viaje rápido y fructífero: partió desde la metamorfosis de un tipismo exento de amabilidad y arribó a una esquemática simbología última donde la figuración penetra en la frontera de lo abstracto en un intento —quizás inconsciente— de expresar puramente los temores que embargaban su ánimo en los





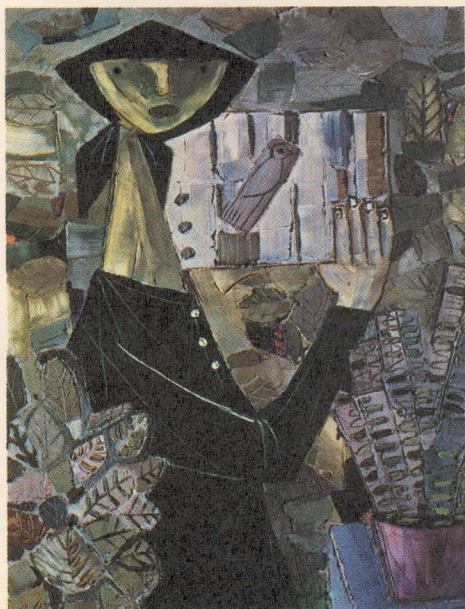
IDOLOS GUANCHES. 1967



LAS MAJADAS. 1967

meses postreros de su vida. Su mundo primero fue un retablo de feria, fiesta y laboreo. Se daban cita allí pescadores y alfareras, campesinos, turroneras, camellos, bueyes, flores. Toda la imaginaria de un mundo escasamente problemático en apariencia. En estos cuadros (números 4, 9, 11, 13, etc. vestíbulo bajo), muestra Antonio su oficio tan bien dominado, su sentido de la composición y la magia de su color, siempre con alegría y sin es-

FLORISTA. 1967



tridencia. No son, por cierto, estas obras un trasunto del realismo. Su misma manera de pintar (la obra de Padrón carece toda ella de la usual tercera dimensión, ninguna de sus figuras está modelada: el suyo es un retablo románico), le impedía, por principio, hacer ese servicio menor al arte. El mundo que Padrón representa en su pintura es un mundo donde preside la armonía y se prescinde de las tensiones. El carácter del pintor y las circunstancias de su vida influyeron decisivamente en la índole de su arte. Y precisamente, la aportación de Padrón al expresionismo es el hallazgo de esa armonía, de ese universo mágico donde los hombres, los animales, los objetos y el paisaje adquieren su identidad más pura y su sitio exacto. Obviamente, esta condición de su obra no supone un asentimiento cómplice a ninguna especie de iniquidad. Munch, en 1889, anotó en su Diario la necesidad de destruir lo cotidiano (mujeres que cosen, hombres que leen). Padrón invierte esa forma de rebelión, de acuerdo con su temperamento. El pintor se integra en su ambiente y no reacciona contra él; el resul-

tado de esa simbiosis lo conforman sus obras, plenas de armonía y serenidad.

Su segunda exposición individual, en el Gabinete Literario (1961) era una muestra ejemplar de ese mundo. Unos años más tarde, en su tercera y última exposición (Casa de Colón, 1965 -la primera la había realizado en El Museo Canario, en 1954), Padrón incorpora nuevos personajes: brujas y santiguadoras, echadoras de cartas y gentes que acuden a ellas en demanda de remedio para el mal de ojos y la infertilidad; gente que fía en la parla de la baraja y en el poder milagrero de la yerba. Un mundo igualmente real de existencia, tocado de la sombra, que es el reverso y complemento de la feria.

De ese mismo tiempo datan algunas obras abstractas (que él tenía en menos). Emplea en ellas materias extrañas al óleo: arenas, maderas, papeles... Fueron, esos, meses de búsqueda y decisiva orientación. A partir de entonces pintará sus mejores cuadros. Resuelta y coherentemente: como quien conoce el fin que se propone alcanzar y dispone de los medios para su consecución. Una



treintena de cuadros en dos años: "Paisaje con cabras" "Mujer infecunda", "La trilla" (núm. 32), "Echando las cartas" (núm. 46), las tres versiones de "La lluvia" (núms. 28, 33, y 47), "El niño enfer-

mo" (núm. 44) "La tienda, etc. Su realización en el lienzo, o de unos signos referenciales que él refunde sin respetar su ordenamiento real, en función de la estructura pictórica. Su mundo es un mundo particular;

pero esta particularidad no ha de reflejar una realidad de la manera más poética y subjetiva posible", -dice Padrón. La idealización es una mixtificación, un falseamiento de la realidad. Padrón se atiene a lo



LA TIENDA. 1962

más exactamente en la tabla, está realizada, como diría Wordsworth, con the glory and the freshness of the dream (con la gracia y frescura de los sueños), y también con sus ambigüedades y deformaciones. Padrón no se propone hacer una representación realista de aquél mundo: lo crea a partir

roto las conexiones con su procedencia. Todo lo que existe en la realidad puede ser reconocido allí, pues, contrariamente a lo que se ha afirmado, Padrón no "idealiza lo que sus ojos captan al recorrer su entorno", sino que lo reelabora de acuerdo con una realidad más profunda. "Trato siempre

existente; sólo que lo capta en lo que posee de más puro y genuino. Su obra no es una versión connotativa de la realidad, sino una metamorfosis de ella, es decir: una metáfora.

---

LAZARO SANTANA

---